

Yale y el poder: ¿casualidad o algo más?

Eduardo Engel*

“Queremos una columna tuya para el Reportajes de este domingo” decía el correo de la editora de La Tercera. “Estamos haciendo un tema de Yale y los presidentes de EE.UU., a propósito de que, gane Bush o Kerry, el 2008 se completarán dos décadas con un ex alumno de Yale como presidente de EE.UU.”

La presencia de Yale entre los líderes de los EE.UU. va más allá de Bush y Kerry. El Vicepresidente Dick Cheney, el ministro de Justicia John Ashcroft y dos de los precandidatos presidenciales demócratas que perdieron frente a Kerry -Howard Dean y Joe Lieberman- también estudiaron en Yale.

¿Por qué tantos egresados de Yale en las altas esferas del poder norteamericano? ¿Pura casualidad o hay algo más?

Mi experiencia como profesor de Yale desde el 2001 en adelante no iba a ser útil para responder estas preguntas. Lo relevante era saber cómo era Yale entre 1960 y 1973, período durante el cual la cosecha de líderes actuales pasó por sus aulas. Así que comencé a hacer averiguaciones, descubriendo un reportaje sobre el tema publicado en la última edición de la revista que la universidad distribuye entre sus egresados.

Esperaba un artículo “autocomplaciente”, lleno de alabanzas a Yale, con poca información útil para responder las preguntas que me interesaban. El artículo resultó ser otra cosa. Recogía la opinión de varios ex alumnos, los más favorables no eran obsecuentes y había varias críticas bien fundadas. De su lectura fueron emergiendo conclusiones que luego corroboré con mis colegas.

Primero, durante los '60 y comienzos de los '70 Yale estaba permeada por una fuerte ética de servicio público. “Yale espera que sus egresados participen en algo más grande que ellos mismos”, afirmó en su momento Kingman Brewster, presidente de la universidad entre 1963 y 1977.

Quienes egresaron durante esos años dicen que el ethos de servicio público era palpable en el campus, aun para quienes no le prestaron mayor atención. Entre estos últimos estuvieron ambos candidatos presidenciales: mientras Bush fue un alumno mediocre, que años después de egresar afirmó no haber aprendido nada en Yale, Kerry obtuvo buenas notas evitando, cuidadosamente,

cursar los ramos más exigentes.

El historiador Peter Dobkin Hall, quien enseñó en Yale y ahora lo hace en Harvard, agrega un segundo elemento que me parece importante. Yale se concentró antes que las demás universidades más importantes en atraer los mejores estudiantes de todos los rincones de los EE.UU., para educarlos y luego enviarlos de vuelta a sus lugares de origen. Mientras los líderes que formaba Harvard venían casi todos de Boston o Nueva York, Yale se diversificaba, formando líderes como Gerald Ford (de Michigan), Bill Clinton (de Arkansas), el actual Presidente Bush (de Texas) y Dick Cheney (de Wyoming). En consecuencia, cuando el centro del poder comenzó a alejarse del noreste de EE.UU. durante los '60, Yale estaba en una posición privilegiada para tener una importante presencia entre las nuevas clases dirigentes.

Ese fuerte ethos de servicio, combinado con una transición más temprana hacia una universidad meritocrática constituyen una posible explicación de por qué Yale se ha transformado en la universidad de donde surgen los presidentes.

***Eduardo Engel es Profesor Titular de Economía de la Universidad de Yale.**